



Guillermo Rosas ss.cc.

Domingo 15 – Tiempo Ordinario

Domingo, 10 Julio 2022

Queridas hermanas y hermanos:

La primera lectura de hoy, del libro del Deuteronomio, termina con esta frase: “La palabra está muy cerca de ti, en tu boca y en tu corazón, para que la practiques”. Se refiere a la voz de Dios, a la palabra que él dirige al ser humano, a sus mandamientos escritos en lo que para el pueblo judío era el libro de la Ley. Ese mandamiento no está en el cielo, como para que digamos: “¿Quién subirá por nosotros al cielo y lo traerá hasta aquí, de manera que podamos escucharlo y ponerlo en práctica?”. Ni tampoco está más allá del mar, como para que digamos: “¿Quién cruzará por nosotros a la otra orilla y lo traerá hasta aquí, de manera que podamos escucharlo y ponerlo en práctica?”. Es decir, la palabra que Dios nos dirige no es ni lejana, ni inalcanzable, ni abstracta, ni vaga o imprecisa como para no comprenderla y practicarla. No está en el cielo ni al otro lado del mar, ni en la estratósfera ni en ningún otro lugar inaccesible: está, dice Moisés en el Deuteronomio, “muy cerca de ti, en tu boca y en tu corazón”.

La palabra está muy cerca de ti, en tu boca y en tu corazón...

El Evangelio según san Lucas, que hoy volvemos a escuchar, confirma esta afirmación de Moisés. Nos previene de pensar que, por ser palabra de Dios, ella se refiera siempre a asuntos inmateriales, indefinidos e incorpóreos, como parece pensar el doctor de la ley que le pregunta a Jesús: “Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?” Tal vez esperaba que Jesús le aconsejara acciones como rezar y ofrecer sacrificios. Pero Jesús le responde con otra cosa: nada menos que con el corazón del Evangelio: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu, y a tu prójimo como a ti mismo”. Y como pareciera que lo del amor al prójimo al doctor de la ley ya le parecía demasiado concreto, le pregunta a Jesús, queriendo justificarse y poner a prueba a Jesús, como subraya el evangelista: “¿Y quién es mi prójimo?”

Y esta pregunta desencadena una de las más hermosas palabras y parábolas de los Evangelios: la del buen samaritano. Es una palabra de Jesús a la que se puede aplicar lo de Moisés: “La palabra está muy cerca de ti”, dicha allí por el propio Jesús, ese Jesús a quien san Juan llama “la Palabra” al inicio de su Evangelio. La Palabra hecha carne, es decir, Dios hecho persona humana, estaba cerca de su pueblo, en medio de él, y lo sigue estando desde que Jesús resucitado



vive en medio de la asamblea, en medio nuestro, y está siempre allí donde dos o tres se reúnen en su nombre. Su palabra está aquí, en esta iglesia, en esta comunidad, en esta eucaristía, porque él está aquí. No hay que buscarlo en el cielo, ni al otro lado del mar, ni en el planeta Neptuno.

Jesús le cuenta, pues, al escéptico y tramposo doctor de la ley, que quiere hacerlo incurrir en alguna herejía para acusarlo, la parábola de este hombre anónimo que no es ayudado en su desgracia ni por el sacerdote, ni por el levita, es decir, por ninguno de los dos judíos piadosos y cumplidores de la ley, que aparecen más preocupados de sí mismos, de su pureza ritual y de su comodidad, que de la suerte de un ser humano herido al borde del camino. El hombre, en cambio, es ayudado por un samaritano, es decir, por un miembro de ese pueblo despreciado por los judíos por su poco apego a la ley y su escasa piedad. Jesús pregunta al doctor de la ley cuál de los tres le parece que se comportó como prójimo del hombre asaltado y herido. Y en la respuesta del doctor: “El que tuvo compasión de él”, está su reconocimiento de lo inadecuado de su pregunta inicial. Para Jesús, lo que importa para sus seguidores no es buscar en solitario la vida eterna ni procurar beneficio personal alguno, sino, olvidándose de sí mismo, negándose a sí mismo, como dice Jesús en otro pasaje, centrarse en el prójimo, especialmente si éste está herido, vulnerable, agónico al borde del camino. En eso consiste el amor a Dios y al prójimo. El hombre herido de esta parábola es un símbolo de esa parte de la humanidad de todos los tiempos que es explotada, violentada, despojada y asesinada por otros seres humanos. Es un símbolo del olvido del amor a Dios y al prójimo, que desde el inicio de la historia ha ensangrentado el borde del camino de la humanidad.

Ya en el libro del Génesis se lee que el primer pecado de la historia, el primero del ser humano, fue atentar contra la vida del prójimo, del hermano, como hizo Caín al asesinar a Abel. Cuando Dios le preguntó dónde estaba su hermano Abel, Caín respondió: “¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?”

El relato del Génesis deja la respuesta en el aire, pero Jesús la responde, implícitamente, en la parábola del buen samaritano: Sí, tú eres el guardián de tu hermano, de tu hermana, de todo ser humano, sobre todo si está solo, herido o agónico al borde del camino. Tú estás llamado por mi palabra a ser prójimo de quienes yacen al borde de la historia, en los márgenes del bienestar y en la periferia de la dignidad. Tú eres el guardián de tu hermano porque estás destinado a amar, no a odiar; a sanar, y no a herir. Si Dios todo lo creó bueno, quiere que todas sus creaturas hagan el bien.

Tú eres el guardián de tu hermano porque estás destinado a amar...

Ni el bien ni el mal existen por sí solos; sólo toma fuerza en seres humanos que cometen acciones malas o buenas. Y lo que Jesús nos enseñó en todas sus palabras, con todos sus gestos, con todas sus acciones, es a ser buenas personas, buen prójimo de nuestros hermanos y hermanas. Nos enseñó a hacer el bien como él lo hizo. En el libro de los Hechos de los Apóstoles, Pedro dice de Jesús una frase que sintetiza su ministerio y es la mejor alabanza a su ministerio: “Pasó haciendo el bien” (Hch 10, 38). No es extraño, entonces, que las últimas palabras de Jesús

Domingo 15 – Tiempo Ordinario,
10 Julio 2022



al doctor de la ley en la parábola de hoy sean: “Ve, y procede tú de la misma manera”. La parábola no reflexiona abstractamente sobre el bien y el mal, sino que, como siempre hace Jesús, invita a ponerse del lado del prójimo cuando el amor lo exige. Invita a practicar el amor, que no es abstracto ni un mero, vago sentimiento.

Moisés, en el Deuteronomio, también lo dice cuando habla de los mandamientos: “La palabra está muy cerca de ti, en tu boca y en tu corazón, para que la practiques”. Que hoy, hermanas y hermanos, alimentados con la Palabra, el Cuerpo y la Sangre del Señor, salgamos de aquí fortalecidos para crecer en el amor a Dios y al prójimo, practicándolo de verdad.

Así sea.

Guillermo Rosas ss.cc.